

encausar á unos infelices capitanes que habían perdido sus naves en la bahía de Rochefort.

No era la expedición de Rochefort la que deseaban más los ingleses. Mucho se habrían alegrado sin duda de aniquilar en su mismo fondeadero una de nuestras principales escuadras; pero lo que querían principalmente era librarse de la inquietud, exagerada sin duda, que les causaba Amberes. Figurábanse siempre que de este puerto podrían salir con el tiempo, no precisamente los diez navíos que actualmente fondeaban en Flesinga, sino hasta veinte ó treinta que Napoleón podía construir allí, y principalmente una escuadrilla mucho más peligrosa que la de Boloña, por cuanto podía en una marea enviar una escuadra de desembarco de las bocas del Escalda á las bocas del Támesis. El gran armamento que habían prometido al Austria para antes que terminasen las hostilidades, y que desde el armisticio de Znaim prometían para antes de que acabasen las negociaciones, se concluía ahora, y lo destinaban, no ya á insurreccionar la Alemania, sino á destruir los establecimientos marítimos de los Países Bajos.

Dos motivos principalmente les impulsaban á dirigir sus esfuerzos contra Amberes: la importancia de este puerto y la esperanza de no hallar en él ningún preparativo de defensa. Por los espías enviados á reconocer las costas de Flandes sabían que no había más que siete ú ocho mil hombres en las dos orillas del Escalda, entre Gante y Berg-op-Zoom. Con un poco de arrojo podían ir más allá todavía, causar grandes estragos y dar un tristísimo colorido á la política imprevisora que acumulando todas nuestras fuerzas en Lisboa, Madrid y Viena, no dejaba ninguna para defender nuestras playas. Era, pues, extremado su anhelo de hacer irrupción en las bocas del Escalda, y habían resuelto consagrar á esta empresa hasta cuarenta mil hombres y mil doscientas ó mil quinientas velas. Si conseguían dar á sus armamentos la extensión que proyectaban, no se habría visto empresa más colosal en ningún siglo; pero el tiempo que había de gastarse en prepararla debía también ser proporcionado. Discutida la expedición en el mes de marzo, y resuelta en el mes de abril, en el momento de partir Napoleón para el Austria, no había sin embargo dado aún á la vela cuando se dió la batalla de Wagram, ni llegado á su destino cuando la de Talavera. Quería consagrar á ella el gabinete británico el ejército del general Moore, que era de soldados experimentados, y un número considerable de buques de todas formas; pero aquel ejército necesitaba completarse y reforzarse mucho para llegar á cuarenta mil hombres, y como además había que embarcar un tren de sitio considerable, podía calcularse que se necesitaba transportar la enorme suma de cien mil toneladas. La marina real suministraba veinticinco mil; había, pues, que proporcionarse las setenta y cinco mil restantes sacándolas de los arsenales del Estado ó pidiéndoselas al comercio. Mas ya se habían enviado muchos buques á las costas de España á disposición de sir Arturo Wellesley, y en la posibilidad de que sufriera cualquier revés en la península no se le quería privar de este indispensable medio de verificar su retirada. Había, pues, que proporcionarse por completo la cantidad inmensa de setenta y cinco mil toneladas de transporte, y era tal la exaltación del gabinete británico que hasta pensó

un instante en apoderarse á la fuerza de todos los buques neutrales fondeados en el Támesis, pagándolos más adelante. Renuncióse á esta idea por no causar más perturbaciones en las relaciones comerciales, y se contentó el gobierno con subir el flete á un precio exorbitante. Hecho esto, se dispuso todo el material, se completó el ejército con voluntarios escogidos entre los antiguos milicianos, y así fué aplazándose la expedición de mayo á junio, y de junio á julio, sin estar aún dispuesta á fines de este último mes. Forzoso era activar los preparativos, porque si no empezaban las operaciones antes que el Austria se dejase arrancar la paz, iba á tener que habérselas la Inglaterra con los ejércitos franceses traídos del Danubio y ya toda expedición sería una tentativa descabellada, fuera de que podía mirarse ya como mengua en la Gran Bretaña el tolerar nuevamente la destrucción de sus más fieles aliados.

Estuvo la expedición pronta á partir para el 24 ó 25 de julio, con treinta y ocho mil infantes, tres mil artilleros, dos mil quinientos jinetes (cerca de cuarenta y cuatro mil hombres entre todos), nueve mil caballos y ciento cincuenta piezas de á veinticuatro ó morteros de grueso calibre: todo embarcado en cuarenta navíos de línea, treinta fragatas, ochenta y cuatro corbetas, bergantines y bombardas, cuatrocientos ó quinientos transportes y un número infinito de chalupas cañoneras. Nunca se había visto cosa semejante. La expedición debía salir de Portsmouth, Harwich, Chatam, Douvres y las Dunas, pues como dueños de la mar para la elección de los puntos de partida, no tenían que con sultar los ingleses sino su propia conciencia. Sir John Stracham mandaba la escuadra, y lord Chatam el ejército. Su encargo era tomar á Flesinga si se podía, destruir al mismo tiempo la escuadra del Escalda é ir después á incendiar los arsenales de Amberes para cerrar los pasos del Escalda, sumergiendo en ellos objetos de grandes dimensiones que los interceptasen á la navegación. Iguales eran en magnitud los medios y el objeto.

Habíase discutido largamente el plan que se seguiría, consultando con los holandeses emigrados y con antiguos oficiales ingleses que habían hecho las campañas de Flandes de 1792 y 1793. Se habían propuesto dos planes principales: desembarcar en Ostende y trasladarse por tierra á Amberes, marchando por Brujas y el Sas de Gante, ó ir por agua remontando el Escalda. Andar por tierra de veinticinco á treinta leguas, en territorio francés y en presencia de una nación tan belicosa como la nuestra, pareció demasiado peligroso: sin embargo, este era el único plan que ofrecía probabilidades de buen éxito, porque apenas habrían encontrado los ingleses tres ó cuatro mil hombres diseminados en todo Flandes. Poniéndose en camino antes que nosotros hubiésemos podido enviar allí refuerzos (para lo cual se necesitaban por lo menos quince ó veinte días), habrían llegado á Amberes sin disparar un tiro, habrían incendiado los arsenales y la escuadra, y hubieran podido embarcarse en los transportes conducidos allí cuando empezaran apenas á asomar las tropas francesas. Pero la sola idea de tener que atravesar una extensión tan considerable del territorio del imperio, fué bastante para que se renunciase á este plan.

Quedaba el otro de remontar el Escalda hasta Batz

y Santvliet, punto donde el Escalda deja de ser golfo para cambiarse en río. También este proyecto daba campo á numerosas contestaciones.

El Escalda se divide en dos brazos diez leguas más abajo de Amberes: el uno que siguiendo su curso directamente al Oeste desemboca en el mar entre los fuegos de Flesinga y de Breskens, y que por su dirección lleva el nombre de Escalda occidental; el otro que tuerce en Santvliet hacia el Norte, pasa por entre el fuerte de Batz y la plaza de Berg-op-Zoom, desemboca al Nordeste y lleva el nombre de Escalda oriental, sólo porque corre menos directamente al Oeste que el anterior. Ambos brazos, más anchos si bien menos profundos que el Escalda superior, que se compone de dos brazos reunidos, van á dar al mar formando á su salida una porción de bajos y canalizos, ofrecen por consiguiente muchos obstáculos á la navegación y bañan una región conocida con el nombre de Zelandia. Esta provincia, la más baja de toda Holanda, formada de terrenos por lo común inferiores al nivel del mar, sólo existe por estar de continuo defendida con altos diques: ofrece en el estío praderas cubiertas de verdor, pintorescos sauces y altos chopos; pero bajo este risueño aspecto encubre una muerte horrorosa, porque inundada dos veces cada día, exhala los miasmas pestilentes del limo que en ella deposita la incesante marea. A esto debe la fiebre llamada de Walcheren el ser la más funesta de todas las fiebres.

El Escalda occidental, que desagua directamente en la mar de Este á Oeste, es el más favorable para la navegación de los buques de grueso porte. Sólo en él pueden entrar navíos de línea, y fué el que Napoleón destinó para conducir sus escuadras desde Amberes al mar. Protégense los fuegos de Flesinga en la isla de Walcheren y los de Breskens en la isla de Cadzand.

Después de decidido que se fuese á Amberes por la vía de mar, sólo faltaba resolver cuál de los dos Escaldas había de tomarse, si el occidental ó el oriental. También para esto era preferible el más atrevido de los dos planes, porque siempre que se trataba de hacer una sorpresa, el camino que antes conduce al objeto es no solamente el que más ventajas promete, sino también el que ofrece mayor seguridad. Convenía, pues, entrar resueltamente en el Escalda occidental arrojando los fuegos de Flesinga y de Breskens y el riesgo de encallar más de una vez, por cuanto era natural que se hubiesen quitado las boyas que señalaban los bajos; avanzar haciéndose preceder por barquichuelos con sonda en mano, desbaratar la escuadra francesa si salía al paso, desembarcar el ejército en Santvliet y marchar derechamente á Amberes. Verdad es que se habría empleado más tiempo y que se habrían tenido que vencer más obstáculos que yendo por tierra, como acabamos de indicar; pero seguramente se habría llegado en menos de diez días, en cuyo término no habría podido recibir Amberes los auxilios que necesitaba para defenderse, según diremos en breve. También en esta ocasión se adoptó para una expedición atrevida un expediente ineficaz, y según costumbre se fijó un plan ocasionado á reunir con algunas ideas buenas lo más malo de todos los proyectos propuestos.

Convínose en lo siguiente: una división naval conducida por el contraalmirante Ottway desembarcaría unos

doce mil hombres en la isla de Walcheren, con los cuales el segundo comandante Eyre Coote tomaría á Flesinga; otra división, bajo el mando del comodoro Owens, desembarcaría en la isla de Cadzand unos cuantos miles de hombres, con los cuales tomaría el marqués de Huntley el fuerte de Breskens y las baterías de esta isla; y después de apagados los fuegos de derecha é izquierda con la posesión de las dos islas que forman la boca del Escalda occidental, entraría por ella el grueso de la expedición bajo las órdenes del contraalmirante Keates, de los tenientes generales John Hope, Rosslyn, Grosvenor y de los dos jefes principales John Stracham y lord Chatham. Debían éstos desembarcar cerca de Santvliet con veinticinco mil hombres y encaminarse después á Amberes.

Tal era el plan definitivamente adoptado en el momento de partir. Hacia el 25 de julio la mayor parte de la expedición estaba á la vela en Portsmouth, en Harwich, en Douvres y en las Dunas. Lo restante debía irse embarcando sucesivamente é incorporándose con la expedición. Hacia el 29 llegaron los ingleses á vista de la tierra baja del Escalda; pero no pudieron desembarcar en el acto por causa de un viento peligroso que exponía á las embarcaciones á zozobrar ó á estrellarse en la costa cuando quisieran saltar en tierra las tropas. Las dos divisiones que debían dirigirse, una á la isla de Walcheren al Norte del desembocadero del Escalda occidental y otra á la isla de Cadzand al Sur del mismo desembocadero, estacionaron á vista de estas dos islas, aguantándose á la capa lo mejor que pudieron á pesar del temporal. También la columna principal, destinada á entrar resueltamente remontando el Escalda bajo el contraalmirante Keates y sir John Hope, estuvo esperando inmóvil que se presentase la mar más favorable.

Pero el viento no cambiaba, y habiendo sabido por un dato inesperado que la escuadra francesa se mantenía aún á vista de Flesinga en vez de haber remontado hacia Amberes, se modificó el plan fijado á la salida. En primer lugar, para sortear el mal tiempo, se resolvió ir dando la vuelta á la isla de Walcheren ganando en latitud Norte y poniéndose á la entrada del Escalda oriental, pasar por el canalizo de Roompot al brazo interior del Weere Gat, y desembarcar allí las tropas al abrigo de la resaca que amenazaba tragarse las embarcaciones si se intentaba desembarcar afuera. Teniendo además en cuenta la noticia obtenida relativamente á la escuadra, se consideró como peligroso el acometerla en medio de las baterías que la defendían y entre bajos que le eran ya conocidos, y se ideó, en vez de atacarla de frente, envolverla, aprovechando el movimiento que iba á hacerse alrededor de la isla de Walcheren para internarse en el Escalda oriental. Decidióse, pues, subir por este brazo lo más que se pudiese con una buena parte de la expedición, mientras la otra parte asaltase las islas de Walcheren y Cadzand, desembarcar las tropas en las islas del Beveland Norte y Sur y conducir las por tierra hasta la conjunción de los dos brazos del Escalda hacia el fuerte de Batz y Santvliet, con lo cual se podría interceptar á la escuadra francesa é impedir que remontase hacia Amberes. Hecho esto, pronto quedaría apresada, y aunque no pudiera llegar se hasta Amberes, siempre se habría logrado un buen



resultado con enseñorearse de las islas de Walcheren y Cadzand, de la plaza de Flesinga y de la escuadra francesa. Las órdenes que prescribían este plan que era ya el tercero, se expidieron inmediatamente; esperóse á que llegara la última división que mandaban los lugartenientes generales Rosslyn y Grosvenor para disponer de ella según las circunstancias, y se puso al almirante Gárdner á la entrada del Escalda occidental para hacer allí cara á la escuadra francesa si intentaba arriesgar un combate naval, socorrer á Flesinga ó maniobrar contra la división destacada á la isla de Cadzand.

Dispuestas así las cosas y mientras el contraalmirante Gárdner se mantenía á la capa con sus navíos de línea y el comodoro Owens se preparaba con sus fragatas y bastimentos ligeros á desembarcar las tropas del marqués de Huntley en la isla de Cadzand, la gruesa división del contraalmirante Ottway, encargada de desembarcar doce mil hombres en Walcheren, remontó la isla al Norte el 29 y el 30, y entrando en el Escalda oriental fué á fondear á la boca del Weere-Gat. No era ya obstáculo el temporal después de penetrar en los canales interiores de Zelandia y fuera de los embates de la mar, por lo cual se hicieron al punto los preparativos de desembarco. Tenían los ingleses tal número de buques, que era para ellos una operación facilísima el poner en tierra su inmenso ejército.

No era posible sorprender el territorio francés en mejor coyuntura para insultarle impunemente: ni en la isla de Walcheren ni en toda la región circunvecina se había hecho el menor preparativo de defensa, y no porque hubiesen faltado avisos, sino porque no se les había dado la importancia que merecían. Imposible era en verdad que una reunión de fuerzas semejante se hubiese verificado en las costas de Inglaterra sin que hubiese llegado alguna noticia de ella á las de Francia á pesar de estar interrumpidas las comunicaciones. Sabíanlo en efecto las autoridades del litoral por los prisioneros franceses que habían logrado fugarse y por algunos espías bien pagados, y las autoridades se lo habían participado á los ministros de Marina ó de la Guerra. Pero el ministro de marina, acordándose de lo ocurrido en Rochefort, había creído que no podía tratarse más que de una expedición de brulotes contra la escuadra del Escalda, y, como dejamos dicho, había querido encerrar dicha escuadra en Flesinga, á lo que se había opuesto el almirante Missiessy por razones que justificaron después los hechos. El ministro de la Guerra, no pudiendo por su parte enviar fuerzas á Amberes contra un ejército de cuarenta mil soldados, y no atreviéndose á cargar con la responsabilidad de llevar del Danubio al Escalda, ni aun después del armisticio, aquel torrente de hombres y pertrechos que se había dirigido contra el Austria, no tomó medida ninguna, y prefirió creer como el ministro de marina que la expedición anunciada se reduciría á unos cuantos brulotes, contra los cuales bastaba interceptar los pasos del Escalda. No había, pues, cerca de Amberes más ejército que el del campamento de Boloña, algunas compañías de guardias nacionales destinadas á defender las costas bajo el mando del senador Rampón y unas cuantas medias brigadas provisionales; pero todo diseminado, desorganizado, sin artillería, sin caballería, sin nada. En

la isla de Walcheren principalmente nada había dispuesto para sostener un asedio. Esta isla pertenecía muchos años atrás á Francia y á Holanda: los franceses ocupaban la plaza de Flesinga por razón de su puerto y de los fuegos que dominan el Escalda occidental, y los holandeses habían retenido el territorio de la isla con su capital Middleburgo y los pequeños fuertes que flanquean el Escalda oriental. El valiente general Monnet, que se había señalado en las guerras de la revolución, descansaba de las anteriores campañas desempeñando la comandancia de Flesinga. Para defender la isla no tenía artillería rodada ni caballería, ni cosa alguna de las que constituyen un cuerpo destinado á mantener el campo, y para la defensa de la plaza sólo tenía un puñado de gente, compuesto de un batallón irlandés, otro colonial, dos batallones de desertores prusianos, unos pocos franceses: tres mil hombres entre todos. El comandante holandés tenía en Middleburgo y en los puntos de las costas unos cuantos veteranos.

Toda la fortificación de la plaza de Flesinga se reducía á una muralla con bastiones, rodeada de un foso por todas partes accesible. No tenía baterías más que por el lado del mar: era por lo tanto cosa facilísima tomar la isla de Walcheren y la plaza de Flesinga desembarcando con cuarenta y cinco mil hombres y quinientas ó seiscientas velas.

No era difícil averiguar el objeto de la expedición viendo la obstinación de los ingleses por permanecer en el desembarcadero del Escalda en cuanto se dejaron ver. No queriendo el general Monnet alejarse de Flesinga, se apresuró á enviar al general Osten con dos mil doscientos ó mil quinientos hombres, es decir, con la mitad de su guarnición, á la orilla del Norte de la isla para estorbar en cuanto fuese posible el desembarco, y con la fuerza restante se dedicó á la defensa de Flesinga. Dióse al general Osten una artillería de campaña sacando de la plaza cuatro piezas, dos de á dos y dos de á seis, que tiraban caballos del país aún no domados y conducidos por paisanos. Osten, que era arrojado, emprendió la marcha con su pequeña hueste, y la dispuso de derecha á izquierda, desde el fuerte de Den-Haak hasta Domburgo, en la línea de los diques, para hacer fuego sobre los ingleses en cuanto tocasen á la playa.

Habíanse adelantado éstos en masa imponente y saltado en tierra algunos miles protegidos por la artillería de más de sesenta buques. En cuanto recibieron las primeras descargas de las naves, los soldados de Osten, faltos de disciplina y de espíritu nacional, cedieron el campo, á pesar de estar cubiertos con los diques, y se replegaron desordenadamente, frustrando los esfuerzos de sus jefes por hacerles volver cara al enemigo. Bien hubieran podido las cuatro piezas, disparadas á tiempo contra los ingleses que avanzaban hacia los diques, detenerlos ó por lo menos retardar su marcha; pero los caballos se alborotaron, y los paisanos cortaron los tiros y huyeron con los atelajes, dejando abandonadas dos de las cuatro piezas. Después de hacer inútiles esfuerzos para mantener entre los suyos la disciplina, se retiró Osten con ellos á Serooskerke en lo interior de la isla y dió parte de lo ocurrido al general Monnet.

Mientras el general Osten se veía privado por la disciplina de sus soldados del honor de disputar á los

ingleses la posición de los diques, el general holandés Bruce les estaba entregando el fuerte de Den-Haak, el de Terweere, y hasta la misma plaza de Middleburgo. No creía oportuno dejarse matar por los franceses, y de esta opinión eran entonces todos sus compatriotas, si bien podía alegar para justificarse que no tenía elementos con que oponerse á las fuerzas enemigas.

El 31 de julio desparramaron los ingleses unos quinientos mil hombres por la isla de Walcheren y la rodearon de varios centenares de velas: situáronse con la mayor parte de sus fuerzas navales en los brazos del Weere-Gat y del Sloe, que dividen la isla mencionada de las de Beveland Norte y Sur. Avanzaron á Middleburgo y de allí á Flesinga: el general Osten se replegó lo mejor que pudo, defendiendo el terreno á palmos cuando el valor de su hueste correspondía á sus propios bríos, y aunque no logró de sus soldados todo lo que quería, sin embargo cubrió honrosamente su retirada perdiendo doscientos ó trescientos hombres y matando muchos más al enemigo.

Salió á recibirle el general Monnet al glacis de Flesinga, y reuniéronse ambos bajo los fuegos de la plaza, resueltos á defender sus aproches antes de encerrarse en su limitado recinto. Ocupó Monnet varios puntos exteriores, y uno particularmente á la derecha, hacia Rameskens, con objeto de poder romper los diques y sumergir toda la isla cuando ya no quedase otro medio de resistencia. Cuidó al punto de organizar algo mejor su guarnición, de proporcionarse artillería, haciéndolos de los mismos soldados de infantería, de organizar la población en legiones de bomberos para ocurrir á los accidentes de un bombardeo y de escribir á la isla de Cadzand para que le enviase tropas francesas mientras seguía expedito el Escalda occidental. La travesía era fácil, de solos tres ó cuatro tiros de cañón, y todavía era posible si había fuerzas disponibles en la isla de Cadzand.

Mandaba esta isla el general Rousseau, oficial activo y valiente, y pertenecía al departamento del Escalda comprendido en la vigésima cuarta división militar. En cuanto supo este general que se habían dejado ver los ingleses, lo puso en conocimiento del general Chambarlach, que mandaba aquella división militar, y llamó á sí todas las tropas diseminadas en las cercanías. Empezó distribuyendo entre las baterías de la costa la gente de que podía disponer en aquel momento y organizando algunas piezas de artillería de campaña, y habiéndole enviado después dos cuartos batallones, uno del 65 y otro del 48, se puso á su cabeza en la ribera del mar para caer sobre las primeras tropas enemigas que desembarcasen.

Estas disposiciones, tomadas con presteza y resolución, podían observarse perfectamente desde la alta mar, porque el terreno se reducía á una llanura tersa como la mar misma, y podían inducir á creer que hubiese detrás un cuerpo de ejército numeroso. En efecto, el comodoro Owens y el marqués de Huntley, que mandaban las fuerzas destinadas á la isla de Cadzand, advirtieron desde los bajos de Vielingen, donde estaban luchando con el temporal, las tropas del general Rousseau, y no se atrevieron á tomar tierra. Veían unos mil doscientos ó mil quinientos hombres, que les parecían tres ó cuatro mil, y no teniendo chalupas para des-

embarcar más de setecientos hombres á la vez, temieron verse precipitados al agua si se aventuraban á saltar en tierra. Si en aquel momento hubiesen dirigido el almirante Stracham y lord Chatham hacia la isla de Cadzand todas las fuerzas y los medios de desembarco empleados sin objeto en el Escalda oriental, habrían entrado en ella infaliblemente, se habrían apoderado de todas las baterías de la izquierda del Escalda y habrían sorprendido el arrabal de Amberes, llave de toda Flandes, antes de recibir socorro alguno. Felizmente no fué así. El comodoro Owens y el marqués de Huntley, intimidados por la actitud que había tomado el general Rousseau, pidieron al contraalmirante Gárdner, que mandaba la división de los navíos de línea en el gran canal del Deurloo, les enviase las embarcaciones de que pudiera disponer para desembarcar á la vez más gente, pero éste las necesitaba para las operaciones ulteriores que se le habían encomendado; por otra parte el temporal era un estorbo para enviarlas, y el ataque de la isla de Cadzand, que debió verificarse con buen éxito, no se realizó ni el 29 ni el 30 ni el 31. Satisfechos los jefes de la expedición con haber podido desembarcar en Walcheren y hallándose cómodamente dentro del Escalda oriental defendidos del mal tiempo, insistieron en la idea de apoderarse de las dos islas de Beveland Norte y Sur, que separan las dos Escaldas y cuya posesión permitía envolver nuestra escuadra, y llamaron así al comodoro Owens y á sir Huntley para llevarlos al Escalda oriental. También llevaron allí el resto de la expedición que acababa de llegar regida por los lugartenientes generales Grosvenor y Rosslyn, y ocuparon los brazos de Weere-Gat y del Sloe. Empezaron después á desembarcar en las islas de Beveland Norte y Sur todas las tropas que no habían desembarcado en la isla de Walcheren, para ocupar el punto de reunión de los dos Escaldas, esto es, el fuerte de Batz, y envolver la Escuadra francesa mientras el resto del ejército llevase á efecto el asedio de Flesinga.

Por fortuna en aquel primer momento les salieron al encuentro dos hombres enérgicos, cuales eran el general Rousseau y el almirante Missiessy. Al ver el primero alejarse la división naval que amenazaba la isla de Cadzand, temió ya menos por la orilla izquierda del Escalda, y sin vacilar destacó los dos batallones 65 y 48 para mandarlos por agua de Breskens á Flesinga. Había que atravesar el Escalda occidental, ancho por aquella parte unos centenares de toesas, é hizo que fueran sucesivamente pasando todos los destacamentos que iba recibiendo, más solícito por su compañero, cuya peligrosa situación advertía, que por sí mismo.

Por su parte el almirante Missiessy, que había solicitado no encerrarse en Flesinga, donde pudiera haber perecido por efecto de las bombas y de la fiebre, coronaba la prudencia de sus consejos con su enérgica y atinada conducta. Ya su constancia en permanecer delante de Flesinga sin abrigarse de sus muros había sido bastante para dar á la expedición inglesa diverso giro, haciéndola tomar el Escalda oriental: resolución tan peligrosa para ella como ventajosa para nosotros, como diremos en breve. Convenía ahora que hacia Batz y Santvliet, donde se juntan en uno los dos Escaldas, nos mostrásemos tan apercibidos como en Flesinga; por lo cual, después de haber desplegado tanta presencia de ánimo



en los días 29 y 30, tomó Missiessy su determinación resueltamente como hombre sensato y constante en su propósito, y emprendió su marcha el 31, aprovechando el viento favorable para remontar el Escalda. Aquella misma noche dejó atrás el fuerte de Batz y entró en el Escalda superior formado por los dos Escaldas reunidos, y dos de sus navíos encallaron en este punto en un limo blando y cenagoso, aunque sin peligro de quedar atascados mucho tiempo; en efecto, al día siguiente se puso de nuevo á la vela, y al subir la marea todos sus buques boyantes continuaron río arriba por entre los fuertes de Lillo y Liefkenshoek que cierran el paso del Escalda con fuegos cruzados, difíciles de atravesar. Todos estos puntos, los fuertes de Batz y de Santvliet, y los de Lillo y Liefkenshoek, estaban abandonados como durante la paz más profunda en cualquier nación indolente. Missiessy, que contemplaba en ellos su propia seguridad, se dedicó á guarnecerlos: puso una fragata atravesada en el canal que une el Escalda occidental con el oriental y que lleva el nombre de canal de Berg-op-Zoom, dominado por los fuertes de Batz y de Santvliet; desembarcó unos cien artilleros holandeses en el fuerte de Batz, y puso guarnición francesa en los fuertes de Lillo y Liefkenshoek, cuidando de proveerlos suficientemente de municiones y vitualla. Hizo construir en seguida varias estacadas para defenderse de los brutos, y rehusó encerrarse en Amberes, reservándose el moverse libremente por el río para proteger las cercanías con los fuegos de los mil cañones que llevaba su escuadra. Seguía una escuadrilla destacada en otro tiempo de la de Boloña y establecida en el Escalda. Merced á estas atinadas disposiciones podía hacer en Amberes, no ya el papel de refugiado, sino el de defensor.

Muy al caso le vino el verificar tan á tiempo su retirada al Escalda superior, porque dos días después se habría visto envuelto por los ingleses, que situados entre Batz y Santvliet habrían dado á la expedición del Escalda el importante resultado de sorprender á toda una escuadra nueva y flamante, apresándola y destruyéndola. En efecto, las tropas de la división Hope, que habían tomado las islas de Beveland Norte y Sur por los bajos de Weere-Gat y de Sloe, habían activado su marcha, llegando el 2 de agosto al fuerte de Batz, que ocupaba una guarnición holandesa con el general Bruce, que había ya entregado los puntos fortificados de la isla de Walcheren. El fuerte de Batz, aunque artillado con treinta bocas de fuego puestas á flor de agua, y por lo tanto muy peligrosas para las naves que intentaran atacarle, no tenía grandes elementos de defensa contra una embestida por el lado de tierra; sin embargo, una guarnición dirigida por un buen comandante hubiera podido sostenerse allí algunos días. Mas si tenía lo uno, no tenía lo otro: el general Bruce, obrando lo mismo que en Middleburgo, no quiso hacer á los franceses en Batz el sacrificio de defenderse hasta morir en una plaza reducida, desprovista de casamatas y blindajes y donde tenía por fuerza que arrostrar una lluvia de proyectiles, y evacuó el fuerte, en el que entraron los ingleses sin disparar un solo tiro. Con esto se enseñorearon del paso desde el uno al otro Escalda, y si se hubieran dado prisa á llevar todo su ejército, lo mismo que habían llevado la división de Hope, por el camino de las islas

de Beveland Norte y Sur, habrían podido ponerse en pocos días sobre Amberes, plaza que, aunque cerrada, sólo tenía unas antiguas murallas medio ruinosas, en cuyo recinto apenas había dos mil hombres sin un solo cañón, y donde corrían parejas la turbación de las autoridades sorprendidas con el subitáneo apareamiento del enemigo y la malevolencia de la población flamenca por su origen y sus sentimientos. Por fortuna los dos comandantes de la expedición inglesa, sir John Stracham y lord Chatham, entendieron que debían antes terminar el asedio de Flesinga para introducir la escuadra entera en el Escalda occidental, y llegar por mar á Batz y Santvliet, punto de partida para llevar la expedición de tierra hasta Amberes. Con esta disposición le quedaban al gobierno francés unos cuantos días para organizar los primeros medios de defensa.

El telégrafo anunció en París el 31 de julio el desembarco de los ingleses en la isla de Walcheren, y el 1.º de agosto todos los individuos del gobierno estaban ya informados de la gravedad del peligro. Componían el gobierno en ausencia de Napoleón los ministros, presididos por el archicanciller Cambaceres. Entre los ministros sólo tres podían resolver en la ocasión actual, que eran los de Guerra y Marina, Clarke y Decrés, como peritos en un asunto que interesaba á la seguridad del territorio y de la escuadra, y el de Policía, Fouché, como el único que conservaba cierta importancia política desde la retirada de Mr. de Talleyrand. Había visto Fouché amenazada su posición cuando la caída de este último, y se había hecho más intrigante que nunca, proponiéndose sin duda, ó recobrar el favor si lograba acreditar su celo en alguna ocasión crítica, ó hacerse personaje principal si llegaba á peligrar la suerte del imperio, como ya muchos empezaban á temer ó á esperar. Muchos, en efecto, consideraban como señales de decadencia para el poderío de Napoleón la guerra de España, que iba haciéndose interminable; la guerra de Alemania, en que la victoria se había mostrado un instante indecisa; la inquietud que iba gradualmente pronunciándose en las poblaciones, y el descontento que causaban las cosas de la Iglesia, de que daremos noticia en breve. Era, pues, la ocasión presente la única para un hombre inquieto, poco leal y resuelto á figurar en todos los cambios de sistema.

Aunque adulaba mucho á Napoleón, era Mr. Fouché el valedor secreto de todos los descontentos; tomaba ocultamente parte en sus disgustos, y se lamentaba de los males del imperio, cuyas glorias celebraba en público. El almirante Decrés, ministro tan entendido, pero tan desgraciado en su administración, estaba resentido porque el emperador, imputándole sin razón los reveses sufridos por la marina y ofendido principalmente por su lenguaje mordaz y atrevido, no se había dado prisa á hacerle duque, y esto sólo bastó para que Fouché se hiciese su amigo y confidente. El mariscal Bernadotte, separado del ejército por su orden del día dirigida á los sajones, había vuelto á París lleno de orgullo y resentimiento; y al punto Fouché fué á estrecharle la mano, deplorando la ingratitud de que era objeto, mientras tomaba en público las apariencias de un mentor que se proponía moderar la exaltación del príncipe-mariscal y estorbar que cometiese nuevos desaciertos. Declaráronse estos diversos y funestos sinto-

mas con motivo de la expedición de Walcheren, y en efecto, si algo podía revelar ya la decadencia del imperio, era precisamente el atreverse con un soberano como Napoleón á aspirar á un ascendiente político cualquiera.

No bien se recibió la noticia del desembarco, acudió Decrés en busca de los otros ministros y del archicanciller para excitarlos á tomar medidas extraordinarias. Desplegó en sus gestiones una actividad extremada, porque ya el acontecimiento de Rochefort le había quitado el sueño. Quería que se enviasen al punto todos los obreros disponibles que hubiese en París; que se hiciese un levantamiento en masa de guardias nacionales, poniendo á su frente á un mariscal de Francia, como por ejemplo al mariscal Bernadotte, y que se contuviese á los enemigos con un gran despliegue de fuerzas, aparente si no podía ser real. Procedía en esto Mr. Decrés con la sinceridad propia de un ministro celoso por los intereses de su departamento. Mr. Fouché, que por una coincidencia singular de circunstancias estaba provisionalmente encargado del ministerio de lo Interior, que despachaba en propiedad Mr. Cretet, el cual padecía á la sazón una enfermedad mortal, tenía en las funciones que accidentalmente desempeñaba un pretexto muy natural para entender en lo de la expedición de Walcheren. Convocar una milicia nacional casi en su nombre y de su cuenta, redactar proclamas, poner mucha gente en movimiento, y elegir por sí un jefe militar, todo era muy adecuado á su doble objeto de aparecer en Schœnbrunn lleno de celo y en París hombre muy influente. Aprobó completamente las ideas de Mr. Decrés, y reunido el consejo en la mañana del 1.º de agosto bajo la presidencia del archicanciller Cambaceres, apoyó todo lo propuesto por el ministro de Marina. Animado éste de la vehemencia natural de un hombre preocupado con los males que amenazaban á Amberes, solicitó la convocación extraordinaria de cien mil guardias nacionales y el nombramiento del mariscal Bernadotte para mandarlos. Estas proposiciones, que podían parecer exorbitantes aun en las circunstancias más críticas, sorprendieron é indujeron en sospecha al ministro de la Guerra Clarke, que, aunque de carácter tan poco leal como Fouché, tenía muy buen seso, mucha penetración y sabía cuánto habían de desagradar á Napoleón la formación de la milicia nacional y el nombramiento del príncipe de Ponte-Corvo. Sometió sus dudas al consejo y enumeró después los medios de que podía disponer sin recurrir á la guardia nacional, y que eran las medias brigadas provisionales instituidas por Napoleón, el cuerpo de gendarmes, los guardias nacionales escogidos, organizados ya bajo el mando del senador Rampón, y las tropas del campamento de Boloña. Podían formar entre todos unos treinta mil hombres, á las órdenes del senador Sainte-Suzanne, antiguo oficial del ejército del Rin á quien Napoleón, previendo la expedición inglesa, había conferido el mando de las costas desde Picardía hasta Holanda. Sainte-Suzanne, aunque enfermo, había declarado estar pronto á encargarse de dicho mando. Ultimamente el mismo rey de Holanda acudía ya con tropas á Amberes, como comandante de las costas que era por el título de condestable de que le había revestido en 1806 Napoleón. Con todos estos recursos parecían estar de más los armamentos en ma-

sa y el proyectado nombramiento del príncipe de Ponte-Corvo.

El archicanciller, que por un lado desconfiaba del celo de Mr. Fouché y por otro temía no se tomaran medidas bastante eficaces para el caso, no quiso revelar su sentir, pero calmó la impaciencia de Mr. Decrés y pareció inclinarse al dictamen del ministro de la Guerra. Ertonces ya Mr. Fouché no tomó con tanto calor la defensa del proyecto de su nuevo amigo Decrés, sino que se contentó con decirle al oído que era de su misma opinión y que después haría él por sí lo que no resolviese el consejo. Separáronse los ministros sin haber adoptado las proposiciones del de Marina y de Fouché, y se consideraron como suficientes por entonces las medidas imaginadas por Clarke, con sujeción siempre, como era consiguiente, á lo que dispusiese el emperador, á quien ya se habían enviado correos extraordinarios con el parte de los últimos acontecimientos.

Inmediatamente dió el ministro de la Guerra las órdenes necesarias según las ideas que había emitido y aprobado el consejo. Había en París dos medias brigadas compuestas de cuartos batallones, que eran la tercera y la cuarta, y las mandó salir por la posta. Había en el Norte un batallón del Vístula, varios escuadrones de lanceros polacos y algunas baterías de artillería destinadas á pasar al Danubio; las medias brigadas sexta, séptima y octava se hallaban entre Boloña y Bruselas y había acantonados en Lovaina cuatro batallones de diversos regimientos, y todo lo envió á la isla de Cadzand y á Amberes. El general Rampón tenía encargo, como en otras ocasiones, de mandar á cerca de seis mil guardias nacionales escogidos cuya organización había ya comenzado. Mandóles el ministro Clarke pasar á Amberes. Recomendó al mariscal Moncey que reuniese toda la gendarmería de á caballo de los departamentos del Norte, que subía á unos dos mil caballos, y prescribió por último que en cuanto estuviese segura Boloña se enviasen á Amberes todas las tropas que no fuesen allí absolutamente necesarias. Entre las tres medias brigadas del Norte, las dos de París, los cuatro batallones de Lovaina y el del Vístula, formaban cerca de diez mil infantes, y los guardias nacionales escogidos cinco mil. Con la gendarmería, la artillería y los depósitos sacados de las cercanías podían contarse unos veinte mil hombres, á los que había que agregar los del campamento de Boloña y una división de holandeses que llevaba consigo el rey Luis. Eran entre todos treinta mil combatientes: fuerza suficiente apoyándose en Amberes para impedir un rebato. La única dificultad consistía en que llegasen á tiempo, porque el peligro mayor era la tardanza, si los ingleses obraban con celeridad. Se necesitaban por lo menos quince días para que estas fuerzas estuviesen reunidas en Amberes con todos sus caballos, oficiales y el material necesario, y en quince días los ingleses podían tomar á Flesinga y poner sitio á Amberes. Lo que más importaba, pues, era la celeridad, porque con los muros y las inundaciones de Amberes, el número y el valor de los defensores eran de importancia secundaria. Dió Clarke las órdenes necesarias para que todos los movimientos se ejecutasen lo más pronto posible; envió á Amberes un oficial de ingenieros de relevante mérito, que fué Mr. Decaux, ministro en tiempos posteriores, y escribió al rey de Holanda